LA CALANDRIA

LA CALANDRIA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Y

VITAL AZA

música del

MAESTRO CHAPÍ

Estrenado en el TEATRO DE LA ALHAMBRA el día 24 de Diciembre de 1880

CUARTA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MANUELA	Sra. Delgado.
DOÑA SIMONA	Bardán.
DON CELEDONIO	Sr. Arderíus.
DON LUCAS	Escriú.
JUAN	Orejón.

ACTO UNICO

Sala modestísimamente amueblada con puertas laterales y al foro

ESCENA PRIMERA

DOÑA SIMONA

Es muy chocante, mucho, que no haya venido todavía. ¿Qué casta de pájaro será el tal forastero? Yo no las tengo todas conmigo. Las amas de huéspedes nos llevamos á veces cada petardo... Pero mientras me pague al corriente, lo demás debe importarme poco. (Campanillazo.) ¡Francisca! ¡Que llaman! Sal á abrir.—Acaso sea él. No, que es don Lucas.

ESCENA II

DICHA, DON LUCAS, que entra con un paraguas chorreando agua

Música

Yo soy un desdichado
que está desesperado
y dado á Barrabás.
Paciencia á Dios le pido,
que estoy tan aburrido
que ya no puedo más.

¡Qué cosas me suceden!
Sufrirse sólo pueden
con gran resignación:
soy mísero cesante,
y aumenta á cada instante
mi desesperación.

—

¡Ay de mí!
Treinta meses llevo así
y emplearme aun no logré.
¡Que sería, ay, Dios, de mí
si no fuera por usté! (A la patrona.)
(Abre el paraguas y lo pone á secar en el suelo.

II

Levántome muy serio;
me voy al Ministerio
de la Gobernacion,
y allí en la portería
me paso todo el día
como un guardacantón.

—

Por ver si su excelencia
al fin me da una audiencia
no pienso ni en comer;
mas tiéneme en un potro,
y vuelvo un día y otro
y no le puedo ver.

—

¡Ay, qué afán!
El sombrero, ¡voto á San!
ya no aguanta medio mes,
y ocho veces el gabán
me lo he vuelto del revés.

Hablado

SIM. Verdaderamente es usted muy desgraciado.
LUCAS Sí, señora, mucho.
SIM. Pero, hombre, ¿cómo se arreglan otros para conseguir lo que pretenden?

LUCAS No lo sé, señora.

SIM. ¿Por qué no busca usted recomendaciones, empeños?...

LUCAS ¿Empeños? ¿Le parece á usted que tengo pocos?

SIM. Otros pretendientes, por lo menos, consiguen ver al ministro.

LUCAS Yo no logro verle más que en las caricaturas de los periódicos. Y estoy resuelto; renuncio á pretender. Voy á dedicarme á otra cosa.

SIM. ¿Á qué?

LUCAS No lo sé todavía, pero yo necesito dedicarme á algo. No puedo continuar así.

SIM. ¿Y qué piensa usted hacerse?

LUCAS Yo me haría un traje de invierno, que me hace mucha falta, pero ..

SIM. ¡Pobre don Lucas!

LUCAS. Dice usted bien, soy muy digno de compasión. Esta vida es insoportable; ¡siempre sin un real! Le juro á usted que en más de una ocasión, si hubiera tenido un revólver...

SIM. ¿Qué?

LUCAS Lo hubiera empeñado.

SIM. Tome usted las cosas con calma y no se queje de su suerte, que peor podría usted estar.

LUCAS ¿Peor todavía?

SIM. Sí, señor. Figúrese usted que hubiera caído en poder de una patrona de esas que exigen siempre el pago adelantado.

LUCAS Es cierto.

SIM. De mí no puede usted tener queja.

LUCAS No, no tengo ninguna.

SIM. Jamás le hablo á usted de lo que me debe, y eso que ya me debe usted un pico...

LUCAS Cierre usted el pico, doña Simona.

SIM. Afortunadamente, hoy por hoy no me urge que usted me pague. El huésped que llegó hace tres días me ha adelantado algún dinero.

LUCAS ¡Cómo! ¿Vive en esta casa un hombre que adelanta dinero?

SIM. ¿Pues no lo sabía usted? El que ocupa ese gabinete.

LUCAS No le he visto.

SIM. Es un señor que no come...

LUCAS ¿Cómo?

SIM. Que no come en casa.

LUCAS (Dichoso él.)

SIM. Viene sólo á dormir... cuando viene, pues esta es la hora en que desde ayer no ha vuelto todavía.

LUCAS ¿No, eh?

SIM. No, señor; y esto y otras cosas me tienen preocupada.

LUCAS ¿Qué es ello?

SIM. Ese caballero, que ha venido de Galicia, por un lado parece una buena persona, pero por otro...

LUCAS ¿Por cuál?

SIM. No me gusta la clase de gente que viene á preguntar por él. Personas ordinarias y hasta sospechosas.

LUCAS ¿Sí, eh? Me alegro. Quizá sea un conspirador. ¡Me meteré!...

SIM. ¿En dónde?

LUCAS En eso; en lo que sea. Yo necesito meterme en algo.

SIM. Como todavía no tengo confianza, no me he atrevido á preguntarle qué negocios le han traído á Madrid.

LUCAS Hace usted bien; no se debe ser nunca indiscreto con las personas que pagan adelantado.

SIM. Yo, por eso...

LUCAS Vaya, me voy á mi cuarto. Pensaré detenidamente en buscar un medio de vivir.

SIM. Sí, sí, piénselo usted. Dicen que la necesidad aguza el entendimiento.

LUCAS ¿Que lo aguza? Si eso fuera verdad, tendría yo el entendimiento como una bayoneta. (Vase puerta derecha.)

ESCENA III

DOÑA SIMONA, luego DON CELEDONIO

SIM. Pues, señor, arreglaré el gabinete de ese caballero. ¿Han llamado? ¿Quién será? Es él. Don Celedonio, gracias á Dios.

CELED. Buenas tardes, señora, ¿cómo va? (Dejando un lío de ropa sobre una silla.)

SIM. Perfectamente. ¿Y qué ha sido de usted desde ayer? Ya estaba con cuidado.

CELED. Calle usted, señora, calle usted; si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie.

SIM. ¿Qué le ha sucedido?

CELED. ¿Dónde dirá usted que he estado toda la noche?

SIM. No lo sé.

CELED. En la prevención.

SIM. ¿Es posible?

CELED. Sí señora.

SIM. ¿Y qué ha hecho usted para eso?

CELED. ¿Yo?... Nada: recibir una paliza.

SIM. ¿Y quién se la ha dado á usted?

CELED. Unos... que no fueron á la prevención. Pero me está bien empleado, sí, señora; muy bien empleado.

SIM. Vamos, menos mal, si cree usted que la merecía...

CELED. Eso y mucho más merezco por encargarme de estos asuntos.

SIM. ¿Pero qué asuntos son esos?

CELED. Pues es verdad que todavía no he explicado á usted el motivo de mi viaje á Madrid.

SIM. No, señor. (Ahora lo sabré)

CELED. El caso es el siguiente: Yo, como sabe usted, soy gallego, aunque me esté mal el decirlo, y tengo un primo en la Coruña, que tiene un gran café y á quien debo muchísimos favores. Pues bien; pocos dias hace me dijo: «Celedonio, creo un buen negocio para el establecimiento el traer unos cantantes flamencos.» Yo al principio creí que sería preciso ir á buscarlos á Flandes, pero me explicó que lo que deseaba eran cantadores del género andaluz.

SIM. Sí, sí, ya comprendo.

CELED. Como mi primo, por sus muchas ocupaciones, no podía venir á contratarlos, me suplicó que me encargara yo de hacerlo, y aquí me tiene usted.

SIM. Pero aun no me explico lo de la paliza.

CELED. Ni yo tampoco, á pesar de haberla recibido.

SIM. Siga usted.

CELED. Desde el día de mi llegada recorrí todos los cafés y centros de reunión de esta clase de gente, sin encontrar nada que me conviniera, hasta que anoche supe que en uno de los barrios extremos había un cafetucho donde una célebre cantadora llamada *La Calandria* hacía las delicias de los concurrentes. Allá me fuí, y, en efecto, allí encontré lo que deseaba. Mi entrada en el café produjo un efecto particular, así como de admiración, pero yo hice que no lo notaba y me senté cerca del escenario, donde una mujer, hermosa como un sol y con dos ojos como dos soles, cantaba y bailaba á un mismo tiempo un zapateado, dando unos ayes que partían el corazón, y unas pataditas que partían el tablado.—Esto es lo que me conviene—dije. Y cuando acabó de cantar, entre las palmadas del publico, solté un «¡olé, salero!» impropio de un hijo de la Coruña. Me acerqué entusiasmado á la artista y la invité á que bajase con sus compañeros para tomar unas cañas de Manzanilla. Siete botellas se bebieron como por encanto, pero las dí por bien empleadas, pues casi quedó comprometida á contratarse conmigo y hoy vendrá para ultimar el negocio. Salía yo muy satisfecho del café, cuando tres ó cuatro chulos que habían estado sentados en la mesa inmediata, y que ya me habían tirado al sombrero algunos terroncitos de azúcar,—bromita á que yo no había dado gran importancia,—se me acercan en un callejón inmediato, y sin decirme una palabra, ¡pin! ¡pan! me arriman una soberana paliza. Procuro defenderme con el bastón, dando palos al aire, y llega una pareja de guardias tan afortunadamente que le doy á uno de ellos un estacazo. Los chulos huyen, y á mí me llevan á la prevención.

SIM. ¡Pobre don Celedonio!

CELED. Pues mire usted, no hay mal que por bien no venga. De algo me ha servido aquel error de la autoridad.

SIM. ¿Sí, eh?

CELED. Sí, señora. En la prevención estaba detenido un caballero que había robado no sé qué, y al saber lo que me había sucedido, me dijo:—¿Pero á quién se le ocurre acudir á tales cafés con levita y sombrero de copa? Sólo ese traje constituye allí un peligro. Para meterse en esos sitios es necesario vestirse como la gente que los frecuenta.—Por lo cual, apenas probada mi inocencia, me pusieron en libertad, compré un traje completo, que tengo ahí en ese lío. Así, desde esta noche, saldré á mis asuntos; pero vestidito de corto.

SIM. ¿Cómo? ¿En traje de niño?

CELED. ¡No, señora! Traje corto se llama el de chaquetilla.

SIM. ¡Ya! (Pues estará bonito.)

CELED. Vaya, con permiso de usted voy á mi gabinete; si vienen algunos cantadores que pasen al momento, y sobre todo si es la cantaora.

SIM. Está muy bien.

CELED. ¡Ah! ¡Advierto á usted que hoy almorzaré en casa. Que me preparen algo.

SIM. Al momento.

CELED. Voy á probarme el traje. (Vase puerta izquierda.)

ESCENA IV

SIMONA, luego DON LUCAS

SIM. Gracias á Dios que sé lo que es este caballero. Así estoy más tranquila. Ya me tenía preocupada.

LUCAS Adiós, doña Simona.

SIM. ¿A dónde va usted?

LUCAS Al ministerio.

SIM. ¿Otra vez? ¿Pues no decía usted que no iba más por allá?

LUCAS No se me ocurre nada en qué ocuparme y vuelvo á pretender. O soy ó no soy español.

SIM. ¿Sabe usted que ya ha venido el huesped del gabinete?

LUCAS ¿Sí? Me alegro mucho. Abur. (Medio mutis.)

SIM. (Deteniéndole.) Y no es un conspirador como usted creía.

LUCAS ¿No? Lo siento mucho. Que usted lo pase bien. (Medio mutis.)

SIM. (Deteniéndole.) Oiga usted, hombre, oiga usted. ¿A qué dirá usted que ha venido á Madrid ese señor?

LUCAS Como no será á darme dinero, me importa tres cominos.

SIM. Pues dinero debe tener, porque trae el encargo de ajustar á varios cantadores del género andaluz para un gran café que tiene en la Coruña.

LUCAS ¡Ya! ¿Conque por lo visto es industrial acaudalado?

SIM. Sí, señor.

LUCAS Yo necesito hacerme amigo suyo. (Dejando el paraguas.)

SIM. Me parece bien; á ver si por ese medio consigue usted alguna colocación.

LUCAS ¡Quién sabe! ¡Veo un rayo de luz!

SIM. Pues que Dios le ilumine. Voy á preparar el almuerzo. (Vase foro.)

ESCENA V

DON LUCAS, que se ha quedado pensativo. Pausa, durante la cual expresa mímicamente su vacilación

¡Ay, ay ay! (De pronto, cantando al estilo andaluz.) Maresita de mi arma. (Dejando de cantar y poniéndose de pronto muy serio.) Decididamente, yo me lanzo; veré si me contrata.

ESCENA VI

DICHO, DON CELEDONIO, vestido de chulo con sombrero de ala ancha y faja de vistosos colores. Saca al brazo el gabán, que deja sobre una silla

CELED. (¿Eh? ¡Vaya una planta torera! Si me vieran en la Coruña me apedreaban.)

LUCAS (Este debe ser algún cantaor.) ¡Chis! ¡Eh! Oiga usté, amigo. (Llamándole.)

CELED. Servidor de usted.

LUCAS ¿Usted es de los de acá? (Como rasgando la guitarra.)

CELED. No, señor; soy de los de allá.

LUCAS Ya, de Andalucía.

CELED. (¿Eh? ¿Qué tal? Si tendré yo salero.)

LUCAS Y, vamos á ver, ¿se ha ajustado usted con ese tío?

CELED. ¿Con qué tío?

LUCAS Con ese que ha venido de Galicia.

CELED. ¡Caballero, ese tío soy yo!

LUCAS ¡Cómo! ¡Es usted! ¡Cuánto me alegro de conocerle! (He metido la pata.)

CELED. No tiene nada de particular que me haya usted confundido, viéndome en este traje; pero me he vestido así por varias razones.

LUCAS Ha hecho usted bien, y le sienta perfectamente.

CELED. Gracias. (Me pondré el gabán; estos trajes son para los climas cálidos.) (Se lo pone.)

LUCAS ¡Ay!... (Soltando una nota aguda como si fuera á cantar malagueñas, y cortándola de pronto quedandose serio.)

CELED. (Sorprendido.) ¿Qué le pasa á usted?

LUCAS ¿Que qué me pasa? Me pasan muchas cosas y por eso vengo á ver á usted, por si quiere contratarme.

CELED. ¿A usted?

LUCAS Sí, señor, á mí.

CELED. ¿Pero usted se dedica también al canto?

LUCAS ¿Al canto? ¡No, señor! ¡Al cante! ¡Es mi nueva profesión! ¡Ay! (Empezando á cantar como antes.)

CELED. (¡Cosa más rara!) ¿Y de qué género es usted?

LUCAS ¿Yo? ¡Del género masculino!

CELED. ¡No es eso! Pregunto si se dedica á lo flamenco.

LUCAS Sí, señor, á lo más flamenco.

CELED. Hombre, bien. ¿Y en qué estilo?

LUCAS ¡En el que se estila!

CELED. ¡Ya! ¿Por todo lo alto?

LUCAS No, señor, por todo lo bajo. ¡Cante hondo! ¡De lo más hondo! ¡Ay! (Dando una nota muy profunda.)

CELED. ¡Sí, sí, ya lo veo!

LUCAS Me parece que más profundo...

CELED. En efecto, es difícil.

LUCAS Estoy tan desesperado, caballero, que por bajar sería capaz de bajar hasta á los infiernos.

CELED. ¡Caramba!

LUCAS Sí, señor.

CELED. ¿Pues qué le sucede á usted?

LUCAS (Cantando.) Las penillas que yo tengo... Pero casi es mejor que se lo cuente á usted sin música.

CELED. Como usted quiera.

LUCAS Yo era empleado, tenía ocho mil reales de sueldo y vivía con desahogo. Pero hace tres años me dejaron cesante, y desde entonces no he vuelto á ver un real en mi bolsillo.

CELED. ¿Y de qué vive usted?

LUCAS ¿Yo? ¡De milagro! Soy tan desventurado que todo me sale mal.

CELED. Verdaderamente, hay hombres que tienen un destino muy negro.

LUCAS ¡Ay, caballero! Crea usted que por muy negro que sea el destino, es mucho más negra la cesantía.

CELED. ¿Y tiene usted familia?

LUCAS No, señor; por no tener, ni eso. Gracias á los buenos sentimientos de doña Simona, voy pasándolo menos mal, porque al menos como. Es decir, como menos de lo que debía comer, pero del mal el menos.

CELED. ¿Luego vive usted en esta casa?

LUCAS Sí, señor; si á esto se llama vivir, vivo.

CELED. Hombre, me es usted simpático.
LUCAS Gracias.
CELED. Seremos dos buenos amigos. ¡Choque usted!
LUCAS ¡De manera que estoy contratado! ¡Ay, caballero! (Abrazándole.)
CELED. No; eso todavía no se lo aseguro; ya veremos.
LUCAS ¿Pues no decía usted que íbamos á ser amigos?

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA SIMONA

SIM. ¡Don Celedonio! El almuerzo está en la mesa.
CELED. Ponga usted otro cubierto. Almorzaremos juntos. (A don Lucas.)
SIM. Si el señor ya ha almorzado.
LUCAS No importa; haga usted lo que la dicen. (Muy incomodado.)
SIM. Está bien. (Sale y vuelve á entrar.)
CELED. Conque vamos al comedor, don...
LUCAS Lucas.
CELED. ¿Lucas? ¿y el apellido?
LUCAS El apellido debe usted adivinarlo, sabiendo que todo me sale mal.
SIM. (Dentro) Sí, señora, aquí vive (Saliendo.) Don Celedonio, una joven pregunta por usted.
CELED. ¿Una joven? Será la cantaora. Que entre, que entre. Espéreme usted en el comedor, soy con usted al momento.
LUCAS No; por mí no se apresure usted. Yo iré almorzando. (Vase.)

ESCENA VIII

DON CELEDONIO y MANUELA

Música

MAN. ¿Da usté su permiso? (Desde el foro.)
CELE. ¡Pase usté, señora!
MAN. (¡Vaya un empresario!)
CELED. (¡Ay, qué cantaora!

MAN. ¡Si es que le molesto!...
CELED. ¡Todo lo contrario!
(¡Ay qué cantaora!)
MAN. (¡Vaya un empresario!)
CELED. (De las que yo he visto
es la flor y nata.)
MAN. Vengo á que arreglemos
lo de la contrata.
CELED. Ese es un negocio
fácil de arreglar;
por cuestión de sueldo
no la he de dejar.
MAN. (Dicen que es negocio
facil de arreglar;
seis duros de sueldo
le voy á sacar.)

—

(Acercándose á don Celedonio con coquetería, le suelta á quemarropa, por decirlo así, la primera nota de la canción.)

Puso el sol de Andalucía
su luz en mis ojos negros,
por eso si los entorno
se pone nublado el cielo.

—

Yo si miro á un hombre
con mala intención,
le da de seguro
una insolación.
CELED. Mírame, aunque sea
con mala intención,
que arrostro el peligro
de una insolación.

—

MAN. ¿A quién no mareo (Bailando.)
con este meneo,
moviendo graciosa
la punta del pié?
Al ver mi jaleo
se aviva el deseo
y el hombre adivina
lo que no se ve.

CELED. ¡Ay, yo me mareo
con ese meneo!
¡Qué pié tan chiquito!
¡Me encanta ese pié!
¡Ay, Dios, lo que veo.
si sigue el jaleo
no sé que me pasa.
Por Dios, tape usté.
MAN. Mire usté.
CELED. Tape usté.

II

MAN. De las flores de Sevilla
mi boca tiene el perfume,
y la esencia de las flores
á besitos se consume.
Yo quiero esa esencia,
me dice un galán,
y yo le contesto:
pues no te la dan.
CELED. Las piernas de gusto
bailándome están.
Ya estoy yo flamenco.
¡Me quito el gabán! (Se lo quita.)
MAN. ¿A quién no mareo
con este meneo, etc.
CELED. ¡Ay, yo me mareo
con ese meneo, etc.
(Jaleando á Manuela que baila.)

Hablado

CELED. (Decididamente esta mujer es una gran adquisición.) Tome usted asiento, hija mía.

MAN. ¿Hija suya? Pa ser mi padre, es usted muy joven.

CELED. (¡Ay! que le parezco joven.) Sentémonos, sentémonos.

MAN. Gracias: estoy bien de pié. (Mirándose el suyo con coquetería.)

CELED. Ya lo creo que está usté bien de pié .. y de cara y de todo. No hay que darle vueltas, para mujeres de gracia, las andaluzas.

MAN. Cabayero, yo no soy andaluza.

CELED. ¿Que nó?

MAN. No, señor; yo he nacío aquí.

CELED. ¿Aquí? ¿En esta casa? ¡Qué cásualidad!

MAN. Quiero decir que soy madrileña.

CELED. Pues nada, no hay que darle vueltas; para mujeres de gracia, las de Madrid.

MAN. Ahora sí que ha dicho usted la verdad.

CELED. Cuidado que canta usted bien. ¡Anoche me entusiasmé escuchándola! Y por lo visto su madre de usted debe ser también una gran cantaora.

MAN ¿Mi madre? ¿Por qué lo dice usted?

CELED. Porque todos, cuando la aplaudían á usted, decían entusiasmados: ¡Olé, viva tu madre!

MAN. Cabayero, yo soy huérfana. No he conocío á mi padre, y mi madre se murió cuando yo era muy pequeña. Viéndome sola y sin amparo en el mundo... (Se limpia una lágrima.)

CELED. (¡Pobrecita!)

MAN. Y no teniendo qué comer, me dediqué á vender palillos para la dentadura.

CELED. (No veo la analogía.)

MAN. Pero aquello daba muy poco, y por recomendación de mi tía Javiera...

CELED. ¿Cómo? ¿Es usted sobrina de la tía Javiera, la de las rosquillas?

MAN. No, señor; mi tía no hace rosquiyas; tiene un puesto de verduras en la plaza de los Mostenses.

CELED. ¡Ya!

MAN. Pues como iba diciendo, por recomendación suya me dieron á vender *La Correspondencia*. ¡Los veinticincos que yo he llevao debajo del brazo! Pero aquello también daba poco y me dediqué á la lotería, que era más produtivo. ¡Si viera usted con qué gracia vendía yo los billetes y qué mano tenía yo para los premios!

CELED. ¿Sí, eh?

MAN. Sí, señor; yo era la flor y nata de las biyeteras. Ninguna me ganaba á comprometer á los jugadores. (Imitando á las que venden décimos.) Cabayero, el último que me queda; lléveme

usted este décimo, que le vá á tocar. Mire usté qué bonito número; el veinte pelao. ¡Tómemelo usted! Que se deja usté la suerte. ¡Mañana sale! ¡Que es el gordo! Ande usté, que tié usté cara de generoso. (Acosando á don Celedonio.)

CELED. (¡Ay, Dios mío! Comprendo que comprometiera á los jugadores.)

MAN. Pero aquello también me daba poco y me dediqué á vender ramitos de flores en los bailes de la Bolsa.

CELED. ¿Pero, qué, en la Bolsa se baila?

MAN. En lo que antes era Circo de Paul.

CELED. ¡Ah! Vamos, creí que los bolsistas... (Indicando el baile.)

MAN. Y como allí había cante flamenco, yo, á fuerza de oir y de oir, tomé afición y aprendí todos los estilos; dejé las flores y me dediqué á esto. Y aquí me tiene usté convertida en una cantaora de verdá.

CELED. ¿Cantaora? Es usted más que cantaora.

MAN. ¿Pues qué soy?

CELED. Encantaora.

MAN. Mire usté, yo seré lo que quiera; pero lo cierto es que los empresarios conmigo hacen su suerte.

CELED. Lo creo. Por eso me he decidido yo á contratarla á usted. Es decir, no soy yo precisamente quien la contrata.

MAN. ¿No?

CELED. No, señora. Yo tengo un primo en la Coruña, y este primo tiene un café.

MAN. Pues no veo la tostada.

CELED. No, si es café solo. Pero quiere ponerlo con cante flamenco y ayer recibí un parte de mi primo en que me dice: «Abrese otro café mismo género. Ven en seguida, no repares precios; urgentísimo.»

MAN. Pues mire usté; la cosa será muy urgente, pero no se conoce.

CELED. ¿Por qué?

MAN. Porque hace media hora que estoy aquí y entodavía no hemos hablao de la contrata.

CELED. Tiene usté razón. Hablemos. Ya sabe usté

que mi primo no repara en precios. Con que pida usted por esa boquita.

MAN. Yo no pido nunca. Soy muy delicada en estas cosas. Ofrezca usted. (Lo dicho, le saco seis duros diarios.)

CELED. Bueno, pues mire usted; para que vea que los gallegos también sabemos ser rumbosos, por cantar desde las siete hasta las doce de la noche, la ofrezco á usted... cuatro pesetas.

MAN. ¡Caballero!

CELED. Y café.

MAN. ¿Solo? (En tono de burla.)

CELED. Como usted lo quiera.

MAN. Pero, oiga usté, cabayero; ¿le parece á usté que una artista como yo se contrata por ese precio? Vamos, míreme usté bien. (Con coquetería.)

CELED. Pues... un duro.

MAN. Calle usté, por Dios. Usté no me ha oido cantar. Córrase usté un poco. (Mirándole.)

CELED. Treinta reales.

MAN. En cuanto yo bata las palmas y suelte dos ó tres gipíos y me dé tres pataitas, habrá gofetás para entrar en el café.

CELED. ¡Dos duros!

MAN. ¡Pues y cuando le dedique á usté una copla de soleá, mirándole así desde el tablao y siendo usté la envidia de toos los parroquianos!...

CELED. Vaya, tres duros. (Pondré uno de mi bolsillo.)

MAN. Pues, digo, cuando...

CELED. No, (Interrumpiéndola.) no, es inútil; ya no subo más.

MAN. Bueno, yo quería seis; pero por tres duros más ó menos no hemos de reñir. Trato hecho.

CELED. Conformes. (Dándole la mano.)

MAN. Y que debe usté agradecérmelo, porque usté no sabe el disgusto que me cuesta la tal contrata.

CELED. ¿Sí?

MAN. Sí, señor. Yo tengo un novio que es torero; trabaja en las novilláas, está contratao para

este invierno y no quiere que yo me vaya de Madrid. Pero yo quiero marcharme, ¿sabe usté? Porque aunque le quiero más que á las niñas de mis ojos, ¿sabe usté? se me ha metío en la cabeza que anda con otra, ¿sabe usté?

CELED. No, hija; yo no sé nada.

MAN. Ayer mismo me dijo que al que se atreva á contratarme pa fuera de Madrid le pega una paliza que lo revienta.

CELED. ¡Qué barbaridad!

MAN. Sí, es muy bruto. Pué que usté le conozca. Anoche estuvo con otros amigos en la mesa de al lao nuestro.

CELED. ¿Sí? ¿Era uno de aquellos de los terroncitos?

MAN. Sí, señor.

CELED. ¡Ah! Pues entonces ya no temo que me dé una paliza.

MAN. ¡No! ¿Por qué?

CELED. Porque ya me la ha dado.

MAN. Si tiene un genio... (Oyese dentro lo siguiente entre Juan y doña Simona.)

SIM. Espere usté que le pase recado.

JUAN Le digo á usted que necesito verle.

MAN. ¡Ay, Dios mío!

CELED. ¿Qué?

MAN. ¡Es él!

CELED. ¿Quién?

MAN. ¡Mi novio!

CELED. ¡María Santísima!

MAN. Niegue usté que estoy aquí. ¿Dónde me escondo?

CELED. Ahí, en mi cuarto. (La hace entrar.) ¿Para qué me habré yo metido en todo esto?

ESCENA IX

DON CELEDONIO, JUAN

Música

JUAN
Buenas tardes, amigo,
Aquí me tiene.

CELED.
Diga usted, caballero,
á lo que viene.

JUAN
Escuche usté
y en cuatro palabritas
se lo diré.

—

Yo soy la flor y nata
de los barbianes,
y á poner banderillas
no hay quien me gane.
Pues soy torero
y me llamo Juan Pérez
(alias) *Canguelo.*

CELED. (Hablado.) ¡Pues tengo tanto gusto en conocer á usted, señor de *Canguelo!*

JUAN
Mi sangre es muy torera,
tengo frescura,
y no temo en la plaza
ni á los de Miura.
Pues soy valiente,
y he sido con Frascuelo
sobresaliente.

CELED. (Hablado.) (¡Sobresaliente de Frascuelo! Debe ser un gran torero este hombre.)¡ (Toque de banderillas.)

JUAN (Indicando con la acción la suerte de que habla.)
Cojo los palos,
al toro cito,
y doy el quiebro
que ni el Gordito.
Al bicho llamo,
y aunque me parta,
un par le pongo
de á media cuarta.
En los relances
soy especial
y en los pares al sesgo
no tengo igual.

CELED.
(Nada me importa,
y me es igual
que ponga banderillas
ni bien ni mal.)

II

JUAN Mi fama de torero
tengo bien puesta
en Getafe y en Pinto
y en Alcobendas;
y es muy probable
que vaya este verano
pa Buenos Aires.

CELED. (Hablando.) ¿Sí? (Es lástima que no se vaya hasta el verano.)

JUAN Yo soy para los quites,
de los mejores;
conmigo están seguros
los picadores.
Porque en la lidia
el mismo Lagartijo
me tiene envidia.

CELED. (Hablando.) (¡Pobrecito! Se le ha muerto su abuela.) (Toque de matar.)

JUAN (Como antes.)
Cojo los trastos,
me voy al bicho,
le doy tres pases
á mi capricho;
le cuadro al pelo,
y de una buena
se cae redondo
sobre la arena.
En *volapieses*
soy especial.
y en matar aguantando
no tengo igual.

CELED. (Nada me importa,
pues ¡voto á tal!
más estoy yo aguantando
á este animal.)

Hablado

JUAN Con que lo dicho, soy más torero que Salvaor.

CELED. ¿Que quién?

JUAN Que Salvaor.

CELED. No sé quién es.

JUAN ¿Que no sabe usté quén es? Vamos, hombre, que no diga usté eso, porque es una inorancia. ¡Mire usté que no saber quién es Frascuelo!

CELED. ¡Ah, vamos! Frascuelo... ya lo creo que sé quién es: un gran torero.

JUAN ¡Ay, qué gracia! Un gran torero... ¿Usté me ha visto matar á mí?

CELED. No he tenido ese gusto.

JUAN Por eso habla usté de lo que no entiende. Si hubiera usté dicho tan siquiera que Lagartijo...

CELED. ¡Ah, sí! Lagartijo es también un gran torero.

JUAN ¿Lagartijo?... Que se calle usté, hombre. Ya se conoce que no me ha visto usté á mí en el redondel. Diga usté que á mí los dos me tienen envidia, y por eso no permiten que mate con ellos; porque saben que todo el público se iría conmigo...

CELED. ¡Vaya si se iría! (De la plaza.)

JUAN ¿Y por qué es esa envidia? Vamos á ver... ¡Porque valgo! Nada más que sí; porque soy mu valiente. Aunque me llaman por mal nombre *Canguelo*, no crea usted que me achico. Ese es un mote que me pusieron en las novilláas, porque se empeñaron en que yo era blanco. Mire usté que decir que yo soy blanco...

CELED. Hombre, sí; en eso no tienen razón.

JUAN ¡Yo que no he conocido el miedo! Lo que tenía era muchísima de la inteligencia. Como que no me he hecho torero de pronto. Soy un mataor de principios: yo empecé de mono.

CELED. ¿De mono?

JUAN De mono sabio, sí, señor. Y he hecho mi carrera poco á poco, y la fama que tengo me la he ganao con mi inteligencia.

CELED. Bueno; quedamos en que es usted el torero más inteligente de España.

JUAN Uno de los más inteligentes.

CELED. Bien, bien, por eso no hemos de reñir.

JUAN Ya lo sé que no reñiremos por eso. Por lo que vamos á reñir es por lo otro.

CELED. (Ya pareció aquello.)

JUAN Yo vengo á tratar con usté muy seriamente de un asunto muy serio. Usté, por lo visto, se ha propuesto llevarse á provincias á la Calandria.

CELED. ¿Yo?

JUAN Sí, señor; no me lo niegue usté, porque estoy enterao. Y yo no quiero que esa mujer salga de Madrid, porque no quiero, y se acabó.

CELED. Pero, hombre...

JUAN Le digo á usté que esa mujer no se contrata pa fuera.

CELED. Permítame usted que le explique...

JUAN Y aunque ella diga que sí, yo digo que no, y basta. Y aquí no hay más voluntad que la mía; y ella hará lo que yo mande.

ESCENA X

DICHOS, MANUELA, que ha oído las últimas palabras desde la puerta

MAN. Oye, tú; que en mí no manda nadie.

JUAN ¡Ah! ¿Conque estabas aquí?

CELED. (¡Dios mío de mi alma!)

JUAN ¿A qué ha venío aquí esta mujer? (A don Celedonio.)

CELED. Yo...

MAN. He venío á lo que no te importa. Y tú no tienes nada que ver con el señor; y yo me contrato porque quiero.

JUAN Eso se verá.

MAN. Ya lo creo que lo veremos.

JUAN ¡Manuela, que ya me conoces!

CELED. ¡Por Dios, caballero! (Conteniéndole.)

MAN. Ya sabes que no me asusto.

CELED. ¡Por Dios, señora! (Conteniéndola.)

JUAN Lo que eres tú es más falsa que dos reales del tranvía.

MAN. El falso lo serás tú.

JUAN Que no me comprometas...

MAN. Déjele usté, hombre, déjele usté. (A don Celedonio, que le contiene.)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA SIMONA y DON LUCAS, que viene con la boca llena y la servilleta puesta

SIM. ¿Qué voces son estas, qué pasa aquí?

LUCAS ¿Qué ocurre?

JUAN ¡Ya te compondré yo! (A Manuela.)

MAN. ¿A mí tú?

CELED. Señores, por favor.

SIM. Yo no tolero escándalos en mi casa. A reñir á la calle.

MAN. No se apure usté, señora, que ya nos vamos.

JUAN Vente conmigo.

MAN. Claro que me voy; como si te tuviera miedo. ¡Pues bonita soy yo!

JUAN Andando y que te calles. (Se vuelve desde el foro y se dirige á don Celedonio.) Y á usted ya le ajustaré yo las cuentas. (Vanse riñendo acaloradamente.)

ESCENA XII

DOÑA SIMONA, DON LUCAS, DON CELEDONIO

CELED. No me faltaba más que esto. Me está muy bien empleado. La culpa la tiene mi primo por meterme en esta clase de asuntos.

SIM. Si de tal gentuza no se puede esperar otra cosa.

CELED. Lo peor de todo es que me quedo sin la cantaora. ¿Dónde busco yo otra? ¿Dónde contrato la gente que me hace falta?

LUCAS Por eso no se apure usted, que aquí estoy yo. Me he estado ensayando durante el almuerzo y ya sé el arranque de la soleá... ¡Ay! (Empezando á cantar.)

CELED. Calle usted, hombre, para arranques estoy yo ahora.

SIM. ¡Ay, don Celedonio!

CELED. ¿Qué?

SIM. Que con ese barullo se me había olvidado darle este parte telegráfico que acaba de llegar.

CELED. ¡Un parte! De mi primo. Me repetirá que urgen las contratos.

LUCAS Pues nada, nada, si urge, yo estoy decidido á marchar esta misma tarde. Aunque sea con lo puesto. (No tengo más.)

CELED. (Leyendo.) «Desisto negocio. No contrates artistas.»

LUCAS. ¿Cómo?

CELED. ¡Bendito sea Dios, que le ha inspirado tal idea! Doña Simona, si vienen á buscarme, diga usté que me he marchado de Madrid. No quiero más trato con esa gente.

ESCENA XIII

DICHOS, MANUELA y JUAN, cogidos del brazo.

JUAN Señores...

CELED. (¡Otra vez aquí!) (Vase doña Simona.)

JUAN Cabayero; en la escalera lo hemos pensado mejor y puede usté contar con ésta.

MAN. Sí, señor; me voy á la Coruña.

CELED. (¡A buena hora! Me van á comprometer.)

JUAN Y yo también me marcho con ustedes. Va usté á contratarme pa acompañarla...

CELED. ¿Eh?

JUAN Pa acompañarla á la guitarra. Y agradézcamelo usté, porque dejo un ajuste muy ventajoso que tenía pa los toros de puntas de las novilláas.

CELED. Pues oigan ustedes, yo debo advertirles... (Con timidez.)

MAN.
JUAN } ¿Qué?

CELED. Que me es imposible contratarles.

MAN. } ¿Eh?
JUAN }

LUCAS ¿Cómo?

JUAN ¡Ahora salimos con eso!

MAN. Oiga usted, ¿pues no habíamos quedado en que me iba usté á llevar con tres duros diarios?

CELED. Sí, pero...

LUCAS (¡Gana tres duros diarios! El sueldo de un oficial de Secretaría.)

CELED. No es posible. Acabo de recibir un parte en que me dicen que desisten del negocio.

JUAN Usté le ha dao palabra á la señora...

LUCAS (¡Así, así, oblíguele usté.) (A Juan.)

JUAN Y yo vengo á defender su derecho. O nos contrata á los dos...

LUCAS (¡A los tres) (A Juan.)

JUAN O nos contrata usté á los tres ó nos veremos las caras.

CELED. Pero, hombre...

JUAN Nada, nada, usté se ha comprometido, y los hombres deben ser hombres. Y con los artistas no se juega.

LUCAS ¡Eso! con los artistas no se juega. (Imitando la manera de decir de Juan.)

JUAN Y si no, se entenderá usted conmigo.

CELED. (Pues, señor, bien; no hay más remedio.) Basta, hombre, basta; no quiero cuestiones. El empresario debía ser un primo mío... seré yo el primo. Quedan ustedes contratados y no necesito más gente.

LUCAS (¡Oh, felicidad!)

CELED. Mañana nos marchamos los tres.

LUCAS Los cuatro, querrá usté decir.

CELED. ¡Déjeme usted en paz! Ni tan primo, hombre, ni tan primo.

LUCAS (¡Seré yo desdichado! ¡Tendré que dedicarme á otra cosa!)

JUAN Pues hecho el trato y al avío.

MAN. Y diga usté, cabayero: ¿Pontevedra está cerca de Galicia?

CELED. Está allí mismo, hija.

MAN. ¿De veras? ¡cuánto me alegro!

JUAN ¿Por qué?

MAN. Porque yo debo tener allí familia.
JUAN ¿Qué has de tener tú?
MAN. Sí, señor; mi padre dicen que era de allí; yo no lo he conocío... pero buscándole pué que le encuentre.
LUCAS (¡Qué idea! ¡No ha conocido á su padre!)
CELED. Pues le buscaremos, le buscaremos.
LUCAS (¡Gana tres duros diarios!) ¡Alto, señores! Jóven, ¿cómo se llamaba su madre de usté?
MAN. Manuela García.
LUCAS García, ¿verdad?
MAN. Sí, señor.
LUCAS ¿Y era?...
MAN. Planchadora.
LUCAS Justo, planchadora; ¿y dónde nació usted?
MAN. Humilladero, setenta y seis.
LUCAS Eso, setenta y seis; ¿cuarto?
MAN. Sí, señor, cuarto.
LUCAS (Me lanzo.) ¡Hija de mi corazón! (En un arranque dramático.)
MAN. ¿Eh?
LUCAS Yo soy tu padre. (Abrazándola.)

Música

MAN. ¡Mi padre!
CELED. }
JUAN } ¡Su padre!
LUCAS ¡Sí, tu padre soy!
CELED. } (¡Qué cosa más rara!
JUAN } ¡Yo asombrado estoy!)
LUCAS ¡Aunque tú, desgraciada,
no me conoces,
soy autor de tus días
y de tus noches.
Perdóname
si ignorando tu suerte
no te busqué!
CELED. } ¿Ha visto usted?
JUAN } ¡Asustado al saberlo
yo me quedé!
MAN. Ya sé por qué,
una voz me decía
le encontraré.

LUCAS — No te choque, hija mía,
que aquí te encuentre;
donde menos se piensa
salta la liebre.
Mi corazón
agitado palpita
con la emoción.

CELED. Y JUAN — ¡Qué situación,
encontrar una hija
de sopetón!

MAN. — Mi corazón
agitado palpita
de la emoción
¡Qué situación!
Encontrar una hija
¡de sopetón!

Hablado

LUCAS — No puedo reprimir los impulsos de mi corazón (Abrazándola.) (Algo se pesca.)

MAN. — ¡Padre mío!—Caballero.—(A don Celedonio.) Ya comprenderá usted que habiendo encontrado á mi padre, debo renunciar á la contrata. Ya no necesito ganarme el sustento. Ya tengo un padre cariñoso que me mantenga.

LUCAS — (¡Caracoles! No había yo contado con esto.)

MAN. — ¿Verdad, padre mío?

LUCAS — ¡Eh! Poco á poco, poco á poco. ¿Cómo dices que se llamaba tu madre?

MAN. — Manuela García.

LUCAS — ¡Ah! ¡García! ¿No era Pérez?

MAN. — No, señor.

LUCAS — Entonces, ni usté es mi hija, ni hay entre nosotros el menor parentesco.

MAN. — ¿Que no?

LUCAS — ¡Claro que no!

MAN. — ¡Ay, qué tío!

LUCAS — ¡No! Ni tío, ni padre, ni nada.

CELED. — (Yo bien decía que era muy feo para ser padre de esa chica.)

JUAN — En este caso, quedamos en lo convenido. Nos vamos con usté á la Coruña. (A don Celedonio.)

CELED. (Lo que es eso no se les olvida.)

LUCAS ¡Vayan ustedes con Dios! ¡Yo vuelvo á pretender! ¡Voy en busca del presupuesto! Ese sí que es el verdadero padre. (Coge el paraguas y se va.)

Música

MAN. Y JUAN Mañana nos marchamos
para su tierra. (A don Celedonio.)

CELED. (Como en secreto al público.)
(Esta noche me largo
y aquí se quedan.)

LOS TRES Ay, qué placer,
apláudannos ustedes,
y hasta más ver.

FIN DEL JUGUETE

OBRAS EN COLABORACIÓN DE LOS MISMOS AUTORES

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia en un acto y en verso.

PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música de maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA, comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID!, boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS, juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA, comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA, refundida en dos actos.

LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Cuarta edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso en dos actos y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.°, comedia en dos actos, original y en prosa

CORO DE SEÑORAS, pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL, juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LOS LOBOS MARINOS, zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR, comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL REY QUE RABIÓ, zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO, comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

ZARAGÜETA, comedia en dos actos y en prosa, original (Quinta edición.)

EL TRAZADO DE UNA LINEA